

Construyendo el pasado: la memoria como práctica social

Félix Vázquez Sixto¹

Resumen

En este artículo, el autor esboza una propuesta alternativa para investigar y comprender la memoria social. Frente a los enfoques dominantes, se propone un estudio de la memoria examinado como proceso y producto social, donde se destaca su carácter comunicativo y el papel indispensable del contexto histórico, social y cultural para construirla, mantenerla y hacerla circular. Se enfatiza también la importancia de las prácticas sociales en la construcción de versiones sobre el pasado y el carácter argumentativo y retórico que supone hacer memoria. Asimismo, se pone de manifiesto la vinculación del hacer memoria con los contextos comunicativos y las producciones discursivas vigentes en la sociedad, poniendo de manifiesto su carácter de producción de presente y su papel de vínculo relacional creador de espacios de posibilidad sostenido en la acción social.

1. Introducción

Cuando se abordan los procesos y las funciones psicológicas surge de inmediato una especie de pantalla invisible, pero infranqueable contra la que pareciese imposible oponer resistencia alguna.

Es como si estos procesos y funciones estuviesen blindados con una coraza de inmutabilidad, que obligase a estudiarlos de manera unívoca, delimitar la manera de examinarlos y seleccionar las cuestiones a investigar. Sin embargo, como se sabe,

1. Universitat Autònoma de Barcelona, Facultat de Psicologia, Unitat de Psicologia Social, Edifici B, Campus de la UAB, 08193 Bellaterra, Barcelona, España. «mailto:Felix.vazquez@uab.es» felix.vazquez@uab.es

todo ámbito de conocimiento crea objetos y éstos experimentan transformaciones por la propia dinámica de las prácticas de investigación, análisis y reflexión; lo que redundo, a su vez, en la modificación de esas prácticas.

Raras veces se impulsa una labor de deconstrucción permanente de los objetos de estudio y de las prácticas que sostienen las orientaciones y perspectivas de investigación. Generalmente, los procesos y funciones psicológicas suelen asumirse como categorías asociadas consubstancialmente a la naturaleza y a la "vida misma"; estables e inmutables, protegidas ante cualquier transformación y con una existencia incontestable fuera de los contornos de la historia.

Lo paradójico de todo ello es que el cambio y la transformación son características definitorias de la sociedad, en todos sus ámbitos: la vida social, la vida material, las formas de inteligibilidad, las estructuras sociales, los imaginarios sociales, etc., no han dejado de transformarse.

Los estudios sobre la memoria no escapan a las apreciaciones precedentes. Suele admitirse, de manera generalizada, que la memoria es una capacidad, una facultad que posee privativamente cada ser humano, hasta el punto que esta concepción se ha convertido casi en un axioma incuestionable. De modo idéntico, suele aceptarse que esta concepción de la memoria ha existido siempre y que el tratamiento que le han dispensado psicobiólogos, psicólogos, psicólogos sociales, filósofos, etc., se ha limitado a desentrañar sus características y a descifrar su funcionamiento. Tanto la noción de la memoria como el carácter atemporal que suele atribuírsele acostumbra, por lo general, a prescindir de la interrogación sobre las premisas que sostienen la concepción que se maneja, cómo se está procediendo a su estudio y qué exigencias imponen las orientaciones y los enfoques de la investigación y análisis utilizados.

No obstante, a pesar de que la caracterización anterior define lo que podríamos denominar el *de-rotero* dominante en los estudios sobre la memoria (Clark y Stephenson, 1995), también es posible identificar recorridos "alternativos" (Bartlett, 1932; Halbwachs, 1925, 1950; Blondel, 1928; Meyerson, 1948), que supusieron una ruptura radical con estos tratamientos, aunque nunca llegaron a adquirir una relevancia suficiente como para contrarrestar el enfoque dominante. Para dar cuenta de la poca incidencia de estos recorridos alternativos, pueden

esgrimirse múltiples razones internas y externas a la propia psicología. Sin embargo, resulta suficiente la reconstrucción de la genealogía de los estudios sobre la memoria para que afloren las razones por las cuales estos enfoques y estas orientaciones alternativas fueron "relegadas al olvido" y excluidas de la "historia oficial".

En líneas generales, la noción de memoria utilizada en la psicología dominante y en la vida cotidiana es coincidente. Planteado de forma sencilla, la memoria suele definirse como la "capacidad de almacenar y recuperar información". Esta noción, tal vez por hábito o por la rutina en su uso, se asume sin mayores consideraciones. Sin embargo, si la examinamos someramente, es posible desprender algunos supuestos tácitos, tales como la consideración de la memoria como una facultad de carácter individual; la asunción de que procesamos, estructurada y organizadamente, información que antes hemos almacenado; que reconocemos esta información almacenada y la recuperamos, o bien la olvidamos; y que la memoria, definida como capacidad, nos permite obtener nueva información o perfeccionar la que poseemos.

En modo alguno, esta definición puede ser considerada como un dato, sino que es meramente una premisa establecida por los investigadores o analistas que, no sólo determinan qué debe entenderse por memoria, sino que esta conceptualización acaba estipulando cómo abordar su estudio y qué función le es propia en las relaciones sociales.

Numerosas investigaciones respaldan esta manera de enfocar el estudio de la memoria (Clark y Stephenson, 1995). No obstante, es posible orientar la investigación desde otra perspectiva que, como si deliberadamente buscarse inteligibilidad en sentidos olvidados, construye buena parte de sus planteamientos a partir, no de las ruinas, sino de las huellas de los recorridos "alternativos" excluidos de la "historia oficial".

2. La memoria como construcción social

Como resulta fácil colegir de la noción antes mencionada, los estudios sobre la memoria dirigen su investigación hacia el análisis de lo que ocurre en la mente de las personas. Este encauzamiento implica, en lo fundamental, la desintegración y la consecuente simplificación de un proceso complejo como es la construcción del pasado. El corolario de ello no resulta baladí, al menos en lo que

respecta al enfoque de las indagaciones, que suelen conducirse mediante análisis fragmentarios, en los cuales el estudio de la memoria como proceso cognitivo se repliega sobre sí mismo, prescindiendo de otros fenómenos y procesos que le confieren sentido. Sin embargo, como afirmaba Frederic C. Bartlett (1932, p. 254),

Es imposible entender ningún proceso mental de grado superior si se estudia simplemente por y para sí mismo. [...] No tenemos derecho a afirmar que un hombre reconoce, recuerda o piensa "gracias a que" tiene una facultad específica para hacerlo [...] si intentamos resolver cualquier problema psicológico genuino, estamos obligados a aceptar ciertas actividades o funciones complejas como punto de partida. [...] es casi imposible encontrar una sola actividad o función mental que a lo largo de la historia de la psicología alguien no haya considerado como punto de partida imposible de analizar. La razón reside en que los psicólogos siguen considerando que las soluciones a los problemas que todo proceso mental presenta pueden hallarse sin buscar más allá de los límites propios del proceso específico.

No es necesario glosar las palabras de Bartlett, ya que resultan lo suficientemente clarificadoras y, a pesar de haber sido escritas hace setenta años, mantienen su vigencia y actualidad. La observación de Bartlett debería desencadenar, por sí misma, la reflexión sobre el enfoque pertinente en el estudio de la memoria. Sin embargo, es suficiente con destacar lo imprescindible del estudio de los procesos y las funciones psicológicas, atendiendo al entramado de sus condiciones históricas y sociales de existencia, a las funciones sociales que cumplen, a las prácticas sociales que promueven o a las relaciones que propician. Orientar el estudio de la memoria desde una perspectiva distinta a la que, por lo general, la guía, comporta examinar críticamente las evidencias que configuran su entendi-

miento y en torno a las cuales se organiza su indagación, lo cual significa abandonar el análisis de procesos y funciones psicológicas abstraídas de las condiciones sociales que las han instituido, de su uso en los diferentes contextos y espacios de relación y de las acciones que permiten realizar, en el seno de las sociedades. Para ello, se hace imprescindible considerarla en y desde su complejidad, como proceso y producto histórico, social y contextual, y estudiarla a través de sus expresiones en la acción, de sus significados, de los discursos que propicia y articula y de las prácticas que impulsa.

El estudio de la memoria como práctica social debe orientar su atención hacia el análisis de las acciones en que las personas nos implicamos al recordar: la manera cómo elaboramos versiones del pasado, la manera cómo interpretamos la memoria en nuestras relaciones cotidianas y cómo hacemos uso de la noción de memoria, la manera en cómo la memoria nos sirve como vínculo relacional, la manera en que la memoria es utilizada como recurso argumentativo y cómo nos servimos de ella para trascender el pasado, utilizándola como dispositivo reflexivo y como elemento de confrontación de presente, etc.

Asimismo, en contraste con lo que ocurre en los estudios usuales y, o dominantes sobre la memoria, en los cuales se establece una disyunción entre memoria y olvido; desde la perspectiva que aquí se plantea, estudiar la memoria implica, simultáneamente, estudiar el olvido. Es decir, se asume que ambos procesos son inseparables: no es posible el olvido sin memoria, como tampoco posible la memoria sin olvido². De hecho, para construir la memoria es necesario, en cierto modo, haber olvidado, ya que, hacer memoria³, no es copiar, remedar o duplicar un acontecimiento o experiencia pasada, sino generarlo, originarlo, revivirlo, rehacerlo, etc. En este sentido, comprometerse con la idea de conservación, persistencia y estabilidad de acontecimientos pretéritos pierde consistencia.

2. Al aseverar que se ha producido un olvido, se pueden estar sosteniendo algunas o varias de las siguientes premisas: (a) la certeza de disponer de la versión exacta y verdadera del pasado: una reproducción precisa y rigurosa de los acontecimientos pretéritos con la cual establecer una comparación, a fin de determinar su exactitud y completitud; (b) la asunción de la memoria como un acto mecánico, desprovisto de toda función simbólica; prescindiendo con ello de los contextos a los que adecuamos nuestros discursos y al carácter dialógico y argumentativo de los mismos; o (c) la identificación de una pérdida, lo que desde un punto de vista lógico, implica incurrir en una paradoja: apelar a la presencia de una ausencia, a la constatación de que algo que estaba, ya no está, aunque reconocemos que existió; a aquello que señala el olvido y que, por lo tanto, señala la ausencia de algo presente, es decir, una presencia. No obstante, en general, cuando se hace referencia a un olvido, lo que suele ponerse de manifiesto es la construcción de diferentes versiones, irreconcilables y, o antitéticas, sobre el mismo pasado.
3. Utilizaré la locución *hacer memoria* ya que, en mi opinión, ilustra el carácter construido que posee la memoria.

En efecto, cuando hacemos memoria olvidamos acontecimientos, hechos y acciones, ya que de ello depende la construcción de las diferentes versiones que elaboramos del pasado, en la cual acontecimientos, hechos y acciones emergen en cada una de ellas desde la novedad, confiriendo congruencia al relato y adecuándolo a las diferentes circunstancias, en las cuales recordamos. La memoria y el olvido son diferentes, en cada escenario que recordamos, ya que cada contexto nos compromete a una transformación, creación e invención ininterrumpidas del pasado para poder adecuar los diferentes hechos y episodios a las condiciones y requerimientos del contexto. De este modo, cada vez que hacemos memoria, nuestra versión del pasado se modifica, ya que las construcciones que elaboramos, no son simples descripciones imparciales de acontecimientos y sucesos, sino que se erigen en argumentos, explicaciones, interpretaciones que interrogan, cuestionan, ratifican o defienden las construcciones que hacemos del pasado, en una relación dialógica (Bajtín, 1979) con otras versiones. Este proceso constructivo y dialógico, que implica el hacer memoria, hace que se oscurezcan o que definitivamente queden eclipsados significados pertinentes en un determinado momento, que se desvanezcan acontecimientos o que emerjan otros nuevos, reconfigurando el pasado con cada nueva versión.

Concebir la memoria a partir de su carácter social, entenderla como proceso y producto de las prácticas y las relaciones humanas y establecer



4. La disyunción entre lo real y lo simbólico remite a una construcción discursiva. Lo simbólico es tan real como cualquier otro objeto que podamos considerar incontrovertiblemente como real. De hecho, lo simbólico tiene la

como inseparables memoria y olvido, implica una doble consideración: el reconocimiento de su dimensión simbólica y el reconocimiento de su dimensión histórica. Ambas constituyen puntos de anclaje, que no sólo implican un posicionamiento respecto al conocimiento y a su construcción, sino que permiten orientar la investigación y la reflexión, desde un planteamiento que reconoce la complejidad de los procesos sociales y de las prácticas que los conforman, reproducen y transforman.

2.1. La dimensión simbólica de la memoria

La dimensión simbólica hace referencia al carácter socio-significativo del mundo o, lo que es lo mismo, la asunción de que el lenguaje, la comunicación y la cultura constituyen los ejes fundamentales de la articulación de la realidad.

Con frecuencia, establecemos una estricta separación entre “lo social” y “lo no social” y entre “lo real” y “lo simbólico”, convencidos de que es la naturaleza o la realidad la que inspira esta distinción. Sin embargo, no son las características o la naturaleza de los objetos las que nos permiten establecer estas dicotomías, sino que es el tipo de relación que mantenemos con los objetos, los significados que hemos construido sobre ellos, lo que les otorga su dimensión social. Dicho con otras palabras, no son unas presuntas propiedades intrínsecas de “lo social” y de “lo no social” las que nos informan sobre qué objeto o qué fenómeno debe ser asignado a cada categoría, sino que es el conjunto de significados compartidos, en el seno de una comunidad, los que nos permiten establecer esta separación. Si puede decirse así, los seres humanos no nos relacionamos directamente con objetos, sino con los significados que les hemos atribuido los cuales, precisamente, hacen que esos objetos se conviertan en tales y que podamos identificarlos. Los objetos no nos proporcionan por sí mismos evidencia alguna de qué son y cómo debemos concebirlos, sino que es en virtud del significado que les conferimos y mediante el cual los pensamos y nos relacionamos con ellos que éstos se convierten en accesibles y reales⁴.

La realidad no está separada, ni es independiente de las personas, sino que éstas hacen la realidad, mediante su construcción significativa para poder relacionarse ya que, si no fuese así, la realidad sería un simple decorado y nuestro nexo con ella se convertiría en algo impracticable.

Lo social forma parte del mundo de significados comunes y propios de una sociedad y está creado (posee un carácter instituido e instituyente) por esa misma sociedad. Es decir, lo social no es aquello que se vincula o recubre una supuesta "subjetividad privativa de cada persona", tampoco está en las personas, sino que pertenece al espacio que hay entre ellas, a la intersubjetividad o, lo que es lo mismo, al espacio de significados que construimos o del cual participamos conjuntamente (Ibáñez, 1989). La intersubjetividad supone una actividad compartida, construida desde dentro de la acción, que orienta la relación y el diálogo, en función de los actos concretos de la situación y de las acciones emprendidas y desarrolladas durante la relación, donde discursos e interlocutores se crean en la misma acción y crean la acción. Mediante la intersubjetividad, construimos significados compartidos y coordinamos acciones sociales, a través de la acción conjunta entre los participantes en una relación.

Compartimos significados con otros y construimos comunicativamente el pasado, a través de la memoria. Es, precisamente, la construcción del pasado la que nos indica que la memoria no es el resultado de la realización de un acto mecánico, sino la práctica de una función simbólica. Como sostenía Maurice Halbwachs (1925, p. 279),

Es necesario renunciar a la idea de que el pasado se conserva tal cual en las memorias individuales, como si se hubiesen sacado tantas pruebas diferentes como individuos hay. Los hombres que viven en sociedad usan palabras cuyo sentido comprenden: esta es la condición del pensamiento colectivo. Así, cada palabra (comprendida), se acompaña de recuerdos, y no hay recuerdos a los que no podamos hacer corresponder palabras. Hablamos de nuestros recuerdos antes de evocarlos; es el lenguaje y es todo el sistema de convenciones sociales que le son solidarias, quien nos permite en cada instante reconstruir nuestro pasado.

capacidad de constituirse en fuente de producción de la realidad. Es decir, lo simbólico no es una representación de la realidad, sino que construye la realidad.

Apelar al carácter compartido y a la dimensión comunicativa nos sitúa de lleno en el eje de vertebración de la reconstrucción del pasado: la sociedad. Es ésta la que nos suministra los medios para construir la memoria y es la que hace posible el lenguaje, el instrumento fundamental de comunicación.

2.2. La dimensión histórica de la memoria

Nadie se atrevería a poner en duda que todas las sociedades tienen una historia. Sin embargo, aunque también comporte la afirmación precedente, la asunción de la dimensión histórica supone admitir que la sociedad se constituye mediante las actividades humanas, erigiéndose éstas en uno de los factores esenciales de su reproducción y autoalteración. En efecto, la dimensión histórica implica considerar la realidad social como proceso. Es decir, cualquier fenómeno social posee unas condiciones temporales de existencia: cambia con el tiempo. Por ello, para hacerlo inteligible, resulta insuficiente analizarlo como producto acabado, ya que esto supone tratar dicho fenómeno como si tuviese unas características intrínsecas, de las cuales carece, debido a las transformaciones que experimenta. Además, al tratarlo como producto, estamos modificando dichas características, ya que al prescindir de su proceso de constitución, omitimos el transcurso de su desarrollo, el cual lo ha llevado a que los seres humanos lo tratemos de una determinada manera, en un momento histórico preciso.

La forma como hacemos inteligibles las estructuras sociales, los fenómenos que se desarrollan a nuestro alrededor, nuestras maneras de representarnos el mundo, nuestras maneras de actuar, no pueden separarse del momento histórico en el cual han emergido y se han constituido, ni tampoco pueden abstraerse los procesos históricos, los cuales han dado lugar a su aparición. Dicho sintéticamente, para estudiar un fenómeno social no se puede prescindir de su genealogía, ni de sus condiciones sociales y culturales de producción.

La producción de conocimiento es una práctica social que está conformada de manera distinta, según sea la sociedad, y está anclada en las peculiaridades sociales y culturales, mediante las cuales cada sociedad concreta se ha ido instituyendo, a lo largo de su historia. Los procesos y las funciones

psicológicas, en cuanto objetos sociales, poseen, como no podía ser de otra manera, una dimensión histórica (Meyerson, 1948, 2000). Es decir, surgen en un momento histórico determinado, a través de las creaciones y prácticas humanas y han ido experimentando transformaciones, a través del tiempo. Ello supone que los procesos y las funciones psicológicas son definidas, conceptualizadas y actualizadas en las acciones y prácticas de los seres humanos: no poseen entidad, ni adquieren determinadas características antes que los seres humanos las establezcamos como tales, en los diferentes momentos de la historia. Del mismo modo y por esta razón, no poseen un carácter definitivo e inalterable, sino que experimentan transformaciones y modificaciones debido, igualmente, a esas prácticas.

Así como cualquier otro campo de conocimiento, el estudio de la memoria y las nociones que sobre ésta se han elaborado, han surgido en un contexto histórico y social determinado y han evolucionado, a través de y en dependencia con ese contexto sociohistórico, mediante los saberes vigentes, la problemática socialmente admisible, las prácticas instituidas, etc., así como también de las inspiraciones propiciadas por las metáforas⁵ (Draaisma, 1995), manejadas en una determinada época o momento histórico, las cuales son, de la misma manera, históricas.

Aunque pueda parecernos difícil de concebir actualmente, porque se nos presenta como evidencia incontrovertible y de carácter permanente e inmutable, debido a su inseparabilidad de las prácti-

cas cotidianas, la memoria surgió en algún momento de la historia. Este surgimiento debió suponer un proceso dificultoso, en la medida en que los seres humanos hemos tenido que disponer de una larga experiencia para establecer una noción de pasado y entender que ésta se diferencia del presente (Meyerson, 1956). Pero asimismo, también ha debido ser dificultoso concebir que el pasado es algo que ha sido y ya no es y, sobre todo, que el pasado tiene sentido por ser pasado y en la medida en que se diferencia y se relaciona con otros tiempos⁶.

A lo largo de la historia, la memoria no siempre ha sido definida y estudiada de la misma forma (Yates, 1966; Lowenthal, 1985; Middleton y Edwards, 1990; Draaisma, 1995; Meyerson, 2000; Vázquez, 2001). El carácter que le otorgamos y la manera cómo, en general, se concibe en la actualidad es drásticamente diferente a como la entendían en épocas pasadas⁷ (Yates, 1966). Esta simple constatación resulta suficiente para discernir que, si en diferentes períodos históricos, no necesariamente muy lejanos, los estudios sobre la memoria responden a diferentes planteamientos e interpretaciones,

no es debido a que su conceptualización se desprenda de la realidad, sino de las maneras de concebir y a los procedimientos desplegados para conocer, en una época determinada.

3. La memoria como proceso de interpretación y resignificación

El estudio de la memoria, tal y como aquí lo estamos enfocando, muestra un aparente contrasen-

Concebir la memoria a partir de su carácter social, entenderla como proceso y producto de las prácticas y las relaciones humanas y establecer como inseparables memoria y olvido, implica una doble consideración: el reconocimiento de su dimensión simbólica y el reconocimiento de su dimensión histórica.

5. Piénsese en la relevancia que la metáfora del ordenador ha jugado como operadora e instigadora de los estudios sobre la memoria de orientación cognitiva.
6. La construcción del pasado mediante la memoria implica la construcción de una estructura temporal. Supone, por lo tanto, una manera de pensar y concebir el tiempo, que condiciona cómo éste se ordena y repercute en cómo se concibe la memoria. Sin embargo, no se puede hablar de un único tiempo, sino de tiempos múltiples, que constituyen diferentes historias, ya que la característica fundamental de la construcción temporal no es la cronología, sino su carácter significativo. Por ello, al margen o frente a las temporalidades y cronologías oficiales, existen otras, construidas en función de acontecimientos significativos o compartidos por determinados grupos y comunidades.
7. Reparemos en el giro experimentalista que supuso una transformación rotunda de su estudio, a partir de los trabajos de Hermann Ebbinghaus.

tido. Si bien la memoria es una construcción del pasado, no es el pasado el foco de interés si no que, por el contrario, debe examinarse el presente, ya que es en este segmento temporal donde hacemos memoria. El pasado que construimos mediante nuestra memoria, solo tiene sentido a la luz de una experiencia posterior a su ocurrencia. Es decir, solo tiene sentido en función de las interpretaciones que hacemos en el presente. Sin embargo, no es éste el único motivo que reclama nuestra atención sobre el presente. En efecto, además de constituir el contexto y las circunstancias de nuestros recuerdos, el presente es también la razón de ser de la memoria, ya que es en función de los intereses del presente que construimos el pasado (Bartlett, 1932; Halbwachs, 1925, 1950; Middleton y Edwards, 1990; Vázquez, 2001).

La construcción del pasado, en función del presente, nos indica que la memoria no es una recuperación intempestiva o extemporánea del pasado, sino que en el presente de cada sociedad y de cada grupo humano se producen condiciones de posibilidad que hacen emerger determinadas memorias y oscurecen, relegan o eliminan otras. Es decir, no existe conocimiento del pasado que sea simple conservación, ya que no existe un pasado que sea inmutable e inalterable. Todo conocimiento del pasado mantiene una relación directa con la experiencia del presente, la cual permite a las personas distinguir aquello que es merecedor de evocación como, así mismo, establecer su descripción. Esto supone que nuestra memoria no reproduce o remeda el pasado, sino que lo construye:

...partimos del presente, del sistema de ideas generales que está a nuestro alcance, del lenguaje y de los puntos de referencia adoptados por la sociedad, es decir, de todos los medios de expresión que ésta pone a nuestra disposición... (Halbwachs, 1925, p. 25).

En efecto, en cada orden social prevalecen y, o subyacen unos valores, unas normas, unas creencias y unas ideologías que favorecen o facilitan la

construcción de determinadas memorias y dificultan o entorpecen la construcción de otras⁸. La producción de discursos y versiones sobre el pasado no es ni arbitraria, ni casual, sino que se inscribe en el entramado de relaciones que producen, reproducen y alteran la sociedad; es decir, está relacionada con el imaginario social de esa sociedad (Castoriadis, 1975a,b, 1986).

No es posible recuperar un pasado inalterado del flujo temporal, sino que éste se interpreta y se resignifica de forma permanente y lo hace en función del presente. Esta constante resignificación, además de producirse por la dinámica contextual de las prácticas sociales, también se origina porque el carácter significativo del pasado supone la incorporación, no sólo de acontecimientos de diferentes momentos pretéritos, sino también contemporáneos, la adhesión de aprendizajes, saberes, experiencias, etc. Es decir, nuestros recuerdos no sólo están formados con lo que se supone es la "experiencia estricta" del pasado, sino que también están tejidos por los saberes y las relaciones que manejamos en nuestra cotidianidad y medio social y que conforman nuestra historia: amigos, hechos históricos, relaciones, conversaciones, lecturas, deseos, proyectos, expectativas, etc., los cuales no tienen por qué coincidir cronológicamente con el momento que trata de evocarse, sino que pueden ser anteriores o más tardíos. De hecho, no existe separación entre

...aquello que hemos visto y entendido nosotros mismos y aquello que sólo hemos sabido ver o entender sin que hayamos hecho ni una cosa ni otra y nuestra existencia personal se desborda de esta manera en el espacio, el marco que estrictamente le asignamos (Blondel, 1928, pp. 137-138).

La combinación de todos estos elementos y otros muchos, implica un proceso de comprensión y creación de sentido, que entraña la apertura hacia una enorme multiplicidad de interpretaciones y resignificaciones del pasado (Blondel, 1928; Mead, 1929; Lowenthal, 1985; Middleton y Edwards, 1990; Vázquez, 2001).

8. La construcción de la memoria no es ajena a cómo está constituida una sociedad, a las significaciones sociales instituidas, a las relaciones de poder, a los condicionantes institucionales, a los imaginarios instituidos, etc., ya que es en cada sociedad donde se establece qué es importante recordar y qué no lo es, qué es pertinente decir y qué es pertinente hacer. No obstante, en cada sociedad existen grupos alternativos, que elaboran y confrontan versiones diferentes, las cuales pueden constituir prácticas de resistencia. En efecto, mediante la memoria se reproducen las relaciones de poder y el orden social, pero también mediante la memoria, por su carácter dialéctico y dilemático, se puede engendrar su alteración y transformación. Es decir, a través de la memoria contribuimos a la reproducción del imaginario social, pero también a través de la memoria, por su carácter dialéctico y dilemático, podemos engendrar su cambio.

En efecto, el pasado que construimos se caracteriza por ser un proceso inconcluso que, como se verá más adelante, tiene hondas repercusiones no sólo sobre su configuración, sino sobre la misma forma de hacer memoria. Asimismo, la estricta referencia cronológica al pasado resulta extraordinariamente delicada, ya que la memoria es más y es menos que el pasado (Lowenthal, 1985), debido a que la cronología queda desbordada por los saberes que utilizamos y por los significados que construimos, cuando hacemos memoria. De hecho, cada vez que, solos o acompañados, hacemos memoria, construimos el pasado, lo concebimos, lo juzgamos y lo adaptamos a las circunstancias concretas en las cuales recordamos al espacio de relación y a los contextos comunicativos, en los cuales participamos.

Construir el pasado es construir su sentido. Es decir, al hacer memoria no nos limitamos a recuperar información que, codificada y almacenada en nuestro interior, custodiamos como una representación mental de los acontecimientos vividos. Hacer memoria supone crear sentido, en el escenario en el cual se produce la comunicación y la acción conjunta, respecto a la construcción del pasado; del mismo modo que creamos sentido cuando lo que recordamos son acontecimientos únicos.

La manera de producir y dotar de sentido al pasado es construirlo discursivamente, lo cual nos permite sostener versiones del mismo, cuando hacemos memoria. Es en el marco de una secuencia de acción donde aquello que decimos emerge, de forma significativa, y adquiere, o no, sentido, convirtiéndose en susceptible de aceptación o socavamiento. De hecho, no existe disyunción entre la manera cómo construimos lingüísticamente el pasado y el pasado en sí mismo: nuestra manera de hablar del pasado construye el pasado y el pasado es aquello que construimos al hablar de él, ya que la construcción de sentido, la interpretación y la comprensión poseen un carácter dialógico (Bajtin, 1979).

Recordamos aquello que resulta significativo y que adquiere esta dimensión, no por los aconteci-

mientos en sí, sino por la construcción que hacemos de los mismos. Los acontecimientos por sí solos son ininteligibles, si no están inscritos en una trama que los configure como tales, a través de la urdimbre de una narración (Ricoeur, 1980, 1998). Pero, asimismo, este carácter significativo está vinculado a la afectividad (Fernández Christlieb, 1994, 1999), en el sentido que no todo acontecimiento es susceptible de evocación, sino aquellos conectados con nuestras emociones, con el sentido de nuestras vidas, con nuestros deseos, con nuestras añoranzas, con nuestras esperanzas y con nuestras expectativas.

Los acontecimientos no dejan de brotar y destilarse y son ellos los que hacen que el flujo del tiempo se vuelva significativo y modifique el sentido que construimos. Muchos de los acontecimientos, de las situaciones, de los hechos y de las ex-

periencias que sobrevienen con posterioridad al pasado, operan sobre él. Es decir, el pasado no permanece imperturbable, ni inquebrantable, ante la ocurrencia de cualquier episodio posterior. Los acontecimientos que se van produciendo en el futuro requieren que transfiguremos la memoria, que elaboremos un nuevo sentido del pasado, suscitado por la ocurrencia de acontecimientos ulteriores y que, inevitablemente, modifican y alteran las in-

terpretaciones que teníamos hasta ese momento.

Mediante nuestra memoria, vamos produciendo versiones sobre los acontecimientos del pasado, las cuales son "fijaciones efímeras", subordinadas a la ocurrencia de acontecimientos futuros, que modifican nuestras visiones y versiones del pasado, imponiendo la tarea permanente de elaborar el significado: el futuro que se consuma obliga a reformular nuestras versiones del pasado. En cierto modo, es como si se produjese una inversión en nuestra manera de interpretar las relaciones entre segmentos temporales: no es sólo que el futuro dependa en cierto modo del pasado, sino que muchas de las características del pasado se deben reinterpretar de nuevo y adquieren nuevos significados, en función del futuro que se ha producido.

El pasado que construimos mediante nuestra memoria, solo tiene sentido a la luz de una experiencia posterior a su ocurrencia. Es decir, solo tiene sentido en función de las interpretaciones que hacemos en el presente. [...] el presente es también la razón de ser de la memoria, ya que es en función de los intereses del presente que construimos el pasado.

Como resulta obvio, esta continua resignificación del pasado, motivada por la ocurrencia de acontecimientos ulteriores, subvierte las nociones de precisión, autenticidad y, en definitiva, de verdad de nuestros recuerdos. En efecto, si la ocurrencia de acontecimientos futuros nos obliga a resignificar el pasado, no podemos conceder a ninguna declaración, a ningún estudio o a ningún informe la categoría de ser la versión exacta y completa del pasado. En efecto, cuando el pasado se produjo era un mero conjunto de acontecimientos y situaciones. Este conjunto, para que posea significado, necesita ser interpretado, lo cual sólo es posible una vez que han ocurrido y se considere esta ocurrencia merecedora de alguna elaboración (Vázquez, 2001). Asimismo, cuando se hace memoria, los conocimientos del pasado no se corresponden con aquello que se ha podido experimentar como el presente, sino que suele conocerse mejor el pasado que cuando se estaba "viviendo en presente", ya que la comprensión actual opera con una visión más acabada de los acontecimientos, en la medida que, en su construcción, utilizamos la ocurrencia de acontecimientos posteriores (Lowenthal, 1985).

Ambas razones permiten poner de manifiesto que la memoria, en contraste con las características de almacenamiento, preservación y recuperación que suelen atribuírsele, es un proceso constructor del pasado, deudor del presente, inserto en el presente y, lo que es fundamental, opera en el presente.

Más que una simple recuperación y, o retención de experiencias anacrónicas, más que un pálido reflejo de acontecimientos descontextualizados, la memoria sirve para que podamos producir inteligibilidades sobre ese pasado que sirven de bases prácticas de actuaciones en el presente. La me-

moria como práctica social es una actividad continua de producción, reproducción y alteración de la realidad; una realidad que se caracteriza por su permanente cambio, al cual las personas debemos responder, por lo que una conservación invulnerable y protegida del pasado ante la ocurrencia de nuevas experiencias y acontecimientos sólo podría constituir un entorpecimiento. En este sentido, la elocuencia de una afirmación de Frederic C. Bartlett resulta extraordinariamente ilustrativa:

La primera idea que hay que eliminar es que la memoria es fundamental o literalmente reiterativa o reproductiva. En un mundo como el nuestro, en el que constantemente cambia todo a nuestro alrededor, el recuerdo literal tiene poca importancia. [...] De hecho, si nos atenemos a los datos más que a los supuestos previos, el recuerdo resulta ser mucho más una cuestión de construcción que una cuestión de mera reproducción (Bartlett, 1932, pp. 272-273).

[...] no existe disyunción entre la manera cómo construimos lingüísticamente el pasado y el pasado en sí mismo: nuestra manera de hablar del pasado construye el pasado y el pasado es aquello que construimos al hablar de él, ya que la construcción de sentido, la interpretación y la comprensión poseen un carácter dialógico.

No nos ceñimos a una mera reproducción o remedo del pasado, sino que le conferimos sentido. La construcción de sentido, como es obvio, se ciñe al contexto en el cual hacemos memoria pero, asimismo, se inserta en el flujo histórico-temporal. Los diferentes acontecimientos que constituyen nuestra experiencia son múltiples, heterogéneos y, con frecuencia, dilemáticos (Billig, Condor, Edwards, Gane, Middleton y Raddley, 1988). Las

conexiones que establecemos entre acontecimientos son inestables y frágiles, debido a que nuestra memoria está tejida por infinidad de elementos, que constituyen nuestra experiencia y que no se restringen, como hemos visto, al pasado. Esta inestabilidad se manifiesta principalmente a través de la discontinuidad que unas experiencias mantienen con

9. Es evidente que en el presente, cuando se estaba produciendo, estaba emergiendo un sinnúmero de acontecimientos. Sin embargo, muchos de estos acontecimientos se convierten, con el paso del tiempo, en no-acontecimientos, ya que no llegan a hacerse tangibles. De todos los acontecimientos desencadenados, sólo algunos se convertirán en memorables, otros que parecían insignificantes adquirirán sentido y emergerán configurando relatos y otros, desaparecerán, o simplemente no llegarán a surgir nunca.

otras, ya que se trata de conjuntos de vivencias, cuya relación y conexión no deriva de su mera ocurrencia, sino que ésta debe ser construida de una forma discursiva y argumentativa. En efecto, pese a la discontinuidad de los acontecimientos, la experiencia de nuestra vida es la de la continuidad, la sensación de transcurso, de secuencia y de encadenamiento de contingencias conectadas: un proceso. Ello es posible en virtud de la construcción significativa que hacemos, mediante la memoria y a la conexión que hacemos de pasado, presente y, eventualmente, futuro, por medio de la narración (Bruner, 1990; Ricoeur, 1980, 1998; Vázquez, 2001). Hacer memoria supone tomar parte en un proceso activo, en el cual se produce un "esfuerzo en pos del significado" (Bartlett, 1932); un empuje para conectar lo actual con algo anterior. La memoria no es algo que brote de forma inmediata y espontánea, sino que se produce en este "esfuerzo", en el intento para conectar algo que está dado con otra cosa distinta. Y es, precisamente, este "esfuerzo en pos del significado" el que opone serias trabas para aceptar, sin mayor consideración, la existencia de una memoria inmutable, fija y estable.

Esta construcción de la continuidad (Halbwachs, 1950; Vázquez, 2001) es posible gracias a nuestras prácticas, que son las que construyen, fundamentan y articulan nuestras relaciones y nuestra com-



prensión del mundo. Se trata de secuencias de actos contextuales, determinados socio-históricamente y dirigidos a la construcción de objetos, a la producción de sentido y a la articulación de relaciones. Como he señalado, estas prácticas son, en lo fundamental, simbólicas, se producen en el lenguaje, mediante estrategias argumentativas y retóricas.

4. La memoria social como discurso

El lenguaje no es un simple medio de representación de la realidad y, o un instrumento de exteriorización de "procesos internos", como los pensamientos, las percepciones o los sentimientos. Por el contrario, el lenguaje, más que un medio de transposición o traslación de la realidad, es constructor de la realidad, posee un carácter formativo. El lenguaje constituye el eje de vertebración de las relaciones humanas, a través del cual no se representa y, o reproduce algo preestablecido, sino que, fundamentalmente, permite la creación, el sostenimiento y la transformación de significados. En la utilización que hacemos del lenguaje, las palabras no se superponen a los objetos, no los cubren para ofrecernos una traducción, a través de su imagen, de su representación, sino que son las palabras las que confieren realidad e identidad a los objetos. Las palabras sólo adquieren sentido cuando las empleamos al relacionarnos, en la medida que garantizan el intercambio humano. Son los "juegos de lenguaje" (Wittgenstein, 1958) los que determinan lo que consideramos la representación del mundo, y no es el mundo el que nos impone lo que asumimos como su representación. En efecto, lo que consideramos nuestras representaciones del mundo es un asunto de diálogo y de práctica social más que reflejo de la naturaleza o el resultado de la interacción con una realidad no humana. El lenguaje es el fundamento, la sustancia y la superficie en la cual se edifica la realidad; no es un mero producto social, sino el elemento crucial que constituye lo social. La realidad se hace reconocible y comunicable, a través del lenguaje pero, sobre todo, éste permite hacerla inteligible. Esto es posible porque el lenguaje nos proporciona todo un sistema semántico, dialógico y pragmático que, en su uso, hace legible y comprensible la realidad.

En la vida cotidiana, usamos el lenguaje para explicar lo que nos rodea, para explicarnos a nosotros mismos, para explicar qué pensamos o qué recordamos, para expresar qué sentimos, para decir e interpretar qué piensan o sienten los demás.

También utilizamos el lenguaje para definir qué entendemos por pensamiento, por memoria y por sentimiento y diferenciarlos; para argumentar, para proporcionar explicaciones, para refutar puntos de vista contradictorios con los nuestros, etc. Dicho con otras palabras, el lenguaje es una actividad práctica, mediante la cual los seres humanos conformamos la realidad o, lo que es lo mismo, a través de la cual sostenemos nuestras relaciones, nos construimos a nosotros mismos y construimos el mundo, atribuyéndole determinadas propiedades.

El lenguaje, los conceptos y las categorías que permiten explicar y dar sentido al mundo están configurados y constituyen el sedimento que conforma las sociedades. Nuestra incorporación al mundo supone nuestra incorporación a un universo ya creado, en el cual aprehendemos y somos aprehendidos por una cultura, por un lenguaje, por unos conceptos, por unas categorías, por unas formas de análisis y de inteligibilidad, por unas teorías que explican cómo es el mundo y por qué es así. Mediante nuestra incorporación y participación en este universo, vamos adquiriendo los elementos que nos permiten intervenir de forma activa en la construcción del mundo y nos vamos integrando en sus diversas formas de vida (Wittgenstein, 1958).

Somos contruidos mediante el lenguaje pero, simultáneamente, a través de él construimos de manera activa los diferentes fenómenos sociales y participamos en los procesos que constituyen lo que entendemos por "la realidad". Estas construcciones, al mismo tiempo, se conforman como dispositivos de interpretación, los cuales son parte de esa realidad, nunca ajenos a ella. En efecto, construimos la realidad de forma discursiva, por ello es significativa. Mediante esta creación, articulamos nuestras relaciones, a través del conjunto de prácticas que producen y reproducen los significados compartidos

sobre las diferentes creaciones que circulan en nuestra sociedad y que sirven para el mantenimiento y el establecimiento de relaciones sociales (Shotter, 1984, 1993a,b; Potter, 1996; Edwards, 1997).

A través del lenguaje, creamos discursos, cuya función no es representar el mundo, sino dar forma a las acciones sociales y coordinarlas (Shotter, 1984, 1993a,b). Este aspecto tiene una doble vertiente. Por una parte, cuando nos comunicamos con otras personas o, incluso, cuando en nuestra soledad producimos una versión sobre un acontecimiento, para que nos resulte concebible, inteligible y admisible, debe satisfacer los criterios y exigencias que impone y son propias del canal de comunicación en el cual participamos. Por otra parte, participar de esas exigencias y criterios

Más que una simple recuperación y, o retención de experiencias anacrónicas, más que un pálido reflejo de acontecimientos descontextualizados, la memoria sirve para que podamos producir inteligibilidades sobre ese pasado que sirven de bases prácticas de actuaciones en el presente.

supone sustentar ciertas modalidades de orden social ya que,

Nuestras formas de hablar dependen del mundo en la medida en que lo que decimos está enraizado en lo que los hechos del mundo nos permiten decir. Pero, simultáneamente, lo que tomamos como naturaleza del mundo depende de nuestra forma de hablar de él. De hecho, ambos aspectos deben su existencia separada a su interdependencia (Shotter, 1990. p. 142).

Hacer memoria, como se desprende de lo precedente, también implica ajustarnos a un canal de comunicación. Esto supone que todo aquello que decimos sobre el pasado no se debe únicamente a una versión solipsista, sino que está arraigado en los discursos sobre el mundo, que circulan en cada sociedad. Asimismo, nuestras formas de hablar sobre el pasado redundan en esa misma construcción del mundo y en la configuración del pasado y de la memoria.

En toda sociedad están instituidas¹⁰ ciertas maneras de componer los relatos y de tejer narraciones¹¹. Para elaborar diferentes modalidades de re-

10. Aunque, como es obvio, no son inmunes a sus condiciones sociohistóricas de producción, lo cual quiere decir que son susceptibles de transformación.

11. Las narraciones son producciones sustanciales en las construcciones del pasado; asimismo, constituyen un dispositivo esencial en las producciones de sentido y en la construcción de significados siempre nuevos. Los diferentes relatos e interpretaciones que conforman las maneras en cómo hablamos del pasado siempre son relativos al

latos, disponemos de formas más o menos establecidas y adecuadas a los propósitos que perseguimos y que nos permiten describir experiencias, plasmar itinerarios vitales (biografías, autobiografías, dietarios, etc.), tratar acontecimientos de forma personal o impersonal, diferenciar realidad y ficción, elaborar exposiciones caracterizadas por la exactitud y la precisión, relacionar segmentos temporales, componer meta-relatos, construir narraciones, cuyo eje sean los procesos psicológicos, elaborar relatos, cuyo centro sea la cronología, etc. Cada una de estas posibilidades y otras muchas, junto a la diversidad de géneros literarios que tenemos a nuestra disposición, solemos utilizarlas para hablar del pasado; el único requisito que debe cumplir su utilización es que sean pertinentes para con lo que pretendemos relatar, que sean congruentes con los efectos que pretendemos producir y que resulten adecuadas a las situaciones sociales, en las cuales participemos.

Cuando hacemos memoria, tratamos de elaborar descripciones convenientes del pasado, en las cuales quede de manifiesto nuestra solvencia al referirlo, articulamos explicaciones convincentes y expresivas, recurrimos a justificaciones y alegatos, ofrecemos detalles de hechos y acontecimientos, argumentamos por qué lo que explicamos ha ocurrido tal y como lo exponemos, razonamos nuestro recuerdo, tratamos de

[...] mediante las prácticas sociales producimos, defendemos o desmantelamos los criterios de idoneidad de los recuerdos; utilizando la argumentación como recurso que permite dotar de pertinencia y confianza aquello que tratamos de mostrar como versión fidedigna del pasado, en un espacio comunicativo concreto.

defenderlo de críticas eventuales y, por supuesto, también lo utilizamos para confrontarlo y debilitar otras versiones. Asimismo, convertimos recuerdos ajenos en argumentos que nos permitan amparar los nuestros o desmantelar los de otras fuentes, tomamos la memoria de otras personas para construir o conectar nuestras historias, nos apoyamos en recuerdos ajenos para darle continuidad a nuestra experiencia o para darle continuidad a proyectos y defender "legados", "deudas" y compromisos que establecemos con el pasado, etc. En definitiva, somos competentes para utilizar diferentes modalidades narrativas y las adecuamos a los discursos

que circulan en nuestra sociedad. Así, son apropiadas al contexto donde se produce la comunicación y las relaciones que establecemos y mantenemos. Para ello, utilizamos la versatilidad que nos proporciona el lenguaje y las estrategias argumentativas y retóricas que nos permiten ofrecer y sostener diferentes versiones.

Las versiones sobre el pasado, los relatos y las narraciones que construimos al hacer memoria, las construcciones que elaboramos sobre acontecimientos pretéritos, no suelen componerse como historias neutras, frías, imparciales u objetivas, en las cuales prevalezca la precisión, la exactitud o una presunta literalidad¹². En la vida cotidiana, las formulaciones precisas y exactas suelen ser ocasionales e

contexto social y conversacional en el cual las construimos y constituyen instrumentos que utilizamos para el análisis, la justificación y la negociación social (Bruner, 1990; Vázquez, 2001). El acto de narrar y las narraciones mismas, no sólo permiten describir y dar cuenta de los hechos y acontecimientos, construir personajes y desarrollar argumentaciones, sino que nos permiten también construir una temporalidad a través de una trama, desplegando en el tiempo la conexión entre puntos de vista.

12. Pueden construirse retóricamente versiones cuyas cualidades sean la precisión, la literalidad, la objetividad y el distanciamiento. Esta forma de construir el pasado responde a una estrategia que depende del contexto comunicativo y de los efectos que tratemos de producir. Es habitual el recurso a descripciones factuales (Calvo González, 1993; Potter, 1996) para elaborar un relato que apuntale una retórica de autenticidad y precisión. La cosificación de las descripciones para que parezcan consistentes y rigurosas y la organización narrativa de este tipo de relatos suelen ser utilizadas para incrementar la credibilidad de una versión, configurándola mediante estrategias en las cuales aquello que se describe se convierta, no sólo en algo previsto, sino en indispensable. No es, por tanto, que la exactitud y la precisión deriven directamente de los hechos. Éstos no preexisten a nuestros relatos, sino que adquieren su entidad y se convierten en tales, en virtud de la organización narrativa que construimos. No es suficiente la mera relación de hechos, sino que es imprescindible hacer una exposición y organización adecuada de su ocurrencia para que la descripción y explicación sean aceptadas como verosímiles y entren dentro de la lógica del discurso en el que estamos implicados. Evidentemente, de la misma forma que elaboramos construc-

inusuales, a nos ser que se pretendan ciertos efectos pragmáticos. Lo habitual, al hacer memoria, es interpretar y construir el sentido de los acontecimientos, valorarlos, enjuiciarlos y negociar significados. De hecho,

Mezclamos la interpretación con la descripción, interpolamos cosas no presentes originalmente, transformamos las cosas sin esfuerzo y sin darnos cuenta de ello (Bartlett, 1932, p. 152).

La construcción del pasado está atravesada de emociones que no sólo se hacen patentes como desencadenantes de recuerdos o en virtud de sus cualidades "sentimentales", sino que también se manifiestan en las elaboraciones discursivas, cuando hacemos memoria. Así, en nuestros discursos, o en las conversaciones sobre el pasado y en nuestros relatos de memoria, procuramos que las narraciones, los acontecimientos que explicamos (Middleton y Edwards, 1990), los vínculos que describimos, lo significativo que distinguimos en el "mundo material" y "lugares de memoria"¹³ se adecuen a unas formas retóricas y expresivas con arreglo a lo que tratamos de rememorar, pero no desde la indiferencia o la apatía, sino vertebrados por el sentimiento y el afecto. Es decir, tratamos de configurar significados y, a través de ellos, establecer nexos con ideas, épocas, personas, objetos, imaginarios o escenarios para constituir el mundo y constituirnos en parte del mundo (Bartlett, 1932; Middleton y Edwards, 1990; Edwards, Potter y Middleton, 1992; Shotter, 1987; Birulés, 1995) para reconocernos como agentes y habitar el espacio histórico; pero no de cual-

quier manera, sino mediante el vínculo con nuestras emociones, con el sentido de nuestras vidas, nuestros deseos, nuestras añoranzas, nuestras esperanzas y expectativas.

La construcción de significados y el establecimiento de nexos no están orientados y no actúan mediante el establecimiento de una correspondencia exacta con el pasado, a través de un estricto informe de hechos y acontecimientos; como tampoco pueden apoyarse, remitiendo exclusivamente a procesos psicológicos¹⁴, sin sostén en la intersubjetividad¹⁵. Al hacer memoria, construimos nuestros discursos sobre el pasado, refiriendo que aquello que decimos que ocurrió, efectivamente, fue así, porque lo recordamos. Sin embargo, para que esta afirmación sea admitida por otras personas e, incluso, para que quien recuerda pueda aceptarla, debe estar sustentada sobre bases argumentativas, que le den coherencia y certidumbre. Estas sólo se encuentran en el espacio de las relaciones sociales y los significados compartidos. Con todo, que el marco de referencia provenga de las relaciones sociales y de los significados compartidos, no excluye la posibilidad de acordarnos de acontecimientos únicos o personales. De hecho, la mayoría de acontecimientos lo son. Pese a ello, no debe suponerse que cuando hacemos memoria sobre algún evento personal, prescindamos de los significados compartidos y de las relaciones sociales, ya que es mediante ellos que elaboramos nuestra memoria, construimos acontecimientos, componemos versiones y clasificamos y ordenamos los detalles. Nuestros recuerdos son construcciones irrealizables fuera de la vida social. Los

ciones factuales para sostener versiones sobre el pasado, también las utilizamos para socavar otras muchas, tratando que parezcan tendenciosas, tergiversadas o interesadas.

13. El "mundo material" (Lowenthal, 1985; Radley, 1990; Leonini, 1991; Fernández Christlieb, 1991, 1994) y los "lugares de memoria" (Halbwachs, 1941; Nora, 1984; Connerton, 1989) ocupan un sitio fundamental en la construcción del pasado por la relación significativa que mantenemos con ellos, porque habitualmente se erigen en elementos desencadenantes de construcciones del pasado y porque permiten dotar de continuidad a nuestra sociedad y a nuestras vidas.
14. La referencia a estados o procesos psicológicos también se articula de manera discursiva. El uso de conceptos y la referencia a procesos psicológicos no es la expresión de estados mentales, sino de prácticas discursivas: maneras de hablar sobre diferentes aspectos o temas presentes en nuestra cotidianeidad, a través de los cuales establecemos y mantenemos relaciones. La mención o la referencia a la memoria en nuestras conversaciones cotidianas no remite o concierne a algo excepcional o insólito. Solemos hacer referencia a ella al hablar de nosotros o de otras personas, al aludir a acontecimientos, al juzgar los recuerdos, al tratar de esclarecer si su funcionamiento es adecuado, etc. Cuando decimos que hacemos memoria, esta simple mención nos permite ofrecer y sostener versiones sobre el pasado, sobre algo que ya no es, y ser merecedores de crédito; hacer descripciones de carácter experiencial; defender relatos de cambio o estabilidad, proporcionar espesor a nuestras vivencias, etc. Del mismo modo y con los mismos recursos, también podemos socavar otras versiones.
15. La elaboración de significados compartidos, supone que las versiones sobre el pasado se cruzan, se trenzan y combinan, originando nuevas formulaciones y nuevas significaciones y sentidos. Y son todas estas novedades las que inciden también en la transformación de la memoria, en sus usos y en las formas de construir el pasado.

diferentes acontecimientos que vamos experimentando en nuestra vida y, por consiguiente, la memoria que de ellos construimos, mantienen una relación directa con las diferentes nociones, condiciones y maneras de entender el entorno, donde se desarrollan nuestras vidas. Es decir, según las condiciones que la sociedad ha reconocido y definido.

La memoria responde a criterios de variabilidad, ya que las versiones del pasado se construyen superpuestas a cada contexto, al cual deben acomodarse, con la intención de conseguir determinadas acciones pragmáticas. Dicho con otras palabras, mediante las prácticas sociales producimos, defendemos o desmantelamos los criterios de idoneidad de los recuerdos; utilizando la argumentación como recurso que permite dotar de pertinencia y confianza aquello que tratamos de mostrar como versión fidedigna del pasado, en un espacio comunicativo concreto.

En este sentido, la memoria debe considerarse como un proceso fundamentalmente de carácter argumentativo¹⁶, que permite la realización de acciones sociales. Mediante la memoria, tratamos de sostener aquello que decimos que ha sido y que ya no es, de conferir sentido y articular significados sobre el pasado, de negociar versiones sobre acontecimientos y, eventualmente, defenderlo frente a posibles socavamientos o ante versiones contradictorias.

Si consideramos la memoria como un proceso fundamentalmente argumentativo, y no un mero inventario de hechos, debemos asumir que no es una elemental repetición de acontecimientos, sino la creación de novedades, a través de la generación y articulación de nuevos sentidos y nuevas coherencias, mediante la producción de significados. En efecto, a través de nuestras prácticas, construimos versiones del pasado, hacemos memoria. Estas versiones son "fijaciones efímeras", versiones que despliegan las características de lo acabado en su formulación, pero que no poseen un carácter definitivo sino que, dada su dimensión simbólica, presen-

tan la condición de lo inacabado, lo incompleto y la no clausura, en cuanto a las posibilidades que abren a nuevas interpretaciones. Así, cada versión del pasado es una producción acabada, pero la interpretación que posibilita hace que ese acabamiento sea una apertura a nuevas significaciones¹⁷.

Las memorias están conformadas tanto por elementos que permiten dar estabilidad al mundo siempre inestable en el cual desarrollamos nuestras vidas, como por elementos que permiten pensar el mundo en transformación. En este sentido, su función es tanto de estabilización de la realidad como de creación de espacios de posibilidad para nuevas interpretaciones. Asimismo, la interpretación ilimitada, además de posibilitar la transformación de las versiones sobre el pasado, posibilita, simultáneamente, que nuestras formas de hacer memoria y pensar el pasado también cambien, en la medida en que estas versiones constituyen superficies facilitadoras de nuevas creaciones e instrumentos reflexivos, lo cual las convierte en factores de innovación y cambio.

La construcción del pasado se produce en una relación dialógica, establecida entre discursos y versiones, la cual hace que las relaciones de sentido sean inagotables. Es más, el carácter dialógico de la construcción del pasado pone de manifiesto cómo en el hacer memoria no puede identificarse un principio definido que origine el sentido del pasado, ni tampoco un final concluyente. El carácter significativo de las versiones no impone un cierre a nuestras construcciones del pasado sino que, por el contrario, constituye una apertura hacia nuevos recorridos, en una interpretación ininterrumpida. Los sentidos del pasado que construimos siempre son fijaciones parciales, tanto por lo inconcluso, derivado de la interpretación ilimitada de las versiones que se producen en presente, como en relación a la interpretación del sentido que se le daba a un determinado pasado, en épocas anteriores a la nuestra y, asimismo, en el "doble diálogo"¹⁸ que mantenemos con el pasado (Castoriadis, 1999).

16. La argumentación debe ser entendida como un razonamiento práctico (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989; Billig, Condor, Edwards, Gane, Middleton y Raddley, 1988), que se despliega ante hechos problemáticos y se articula estratégica y dialógicamente, permitiendo el reforzamiento y, o el socavamiento de versiones.

17. Cuando hacemos memoria, cualquier versión que construimos del pasado, aunque aparezca acabada en la concreción, está incompleta, porque es susceptible de interpretación permanente por cualquier persona. Pero, asimismo, y esto es especialmente relevante, en esta interpretación *ad infinitum* también pueden verse implicadas la persona o las personas que han producido la versión ya que en cada versión hay "prolongaciones, virtualidades a explotar, descubrimientos a hacer" (Meyerson, 1948, p. 193).

18. Construimos el pasado como nuestro y, simultáneamente, como independiente de nosotros, permitiéndonos su cuestionamiento y que él nos cuestione.

5. La memoria social como proceso conflictivo

Creamos el pasado para cada ocasión y para cada contexto, lo cual significa que, cuando hacemos memoria, participamos en un acto original de construcción. Al recordar conjuntamente o cuando hacemos memoria "en soledad", nos servimos de los discursos que circulan, en nuestra sociedad, nos adecuamos al contexto en el cual hacemos memoria y participamos, virtual o físicamente, en una relación. Para cada relación construimos la memoria. Cada relación en la cual participamos, conecta con otras, en virtud de los espacios comunicativos, tanto anteriores como simultáneos, en los cuales cotidianamente nos vemos inmersos, lo cual repercute sobre nuestras maneras de construir el pasado (Shotter, 1993a,b; Gergen, 1994, Vázquez, 2001). En estos espacios, conformamos los contextos, en los cuales hacemos memoria y en los cuales debemos sostener las versiones que construimos sobre el pasado, lo cual nos coloca, de forma permanente, en una posición en la que nos vemos obligados a defender y argumentar aquello que decimos que ha sido y ya no es¹⁹. Por eso, no es infrecuente que cualquier recuerdo se convierta en asunto discutible y que el desenlace de esta discusión no siempre sea el consenso, sino el conflicto entre diferentes versiones del mismo pasado, lo cual pone en juego nuevos discursos, genera versiones y argumentos y, en ocasiones, abre escenarios de disidencia, en los cuales se despliegan, eventualmente, prácticas de resistencia; en especial, cuando el pasado se articula como lectura política de la sociedad, en la cual la confrontación de diferentes inteligibilidades y la interpretación del sentido histórico juega un papel fundamental.

Muchas de las cuestiones, temas y perspectivas que vertebran nuestras relaciones, en torno a las cuales conversamos, suelen ser controvertidas y polémicas, lo cual las convierte en objeto de incesante resignificación. Es, precisamente, este carácter controvertido y polémico el que impone a las personas que hacen memoria la exigencia de elaborar respuestas, conformar argumentos, construir explicaciones y justificaciones de acontecimientos, hechos y experiencias, que configuran los relatos de memoria y que hace éstas que nunca sean iguales,



pues deben adecuarse al contexto comunicativo y a los efectos que pretenden producir.

De lo precedente se desprende que la memoria es un proceso dinámico y conflictivo (Jedlowski y Rampazi, 1991; Vázquez, 2001). En efecto, no existe memoria sin conflicto ya que, como he señalado, nunca hay una sola memoria, sino que existen, de manera simultánea, un sinnúmero de ellas, lo cual propicia una multiplicidad de versiones enfrentadas que, al construirse en diferentes contextos socio-comunicativos, convierten la construcción del pasado en un asunto controvertido y controvertible. Asimismo, la memoria favorece la creación de contextos relacionales y reflexivos que posibilitan determinados vínculos, propiciando, eventualmente, la articulación de antagonismos que pueden tomar la memoria como centro o como marco, en el sentido que la memoria es algo por lo cual se lucha y, además, se puede erigir en espacio de lucha. Es decir, la lucha por la memoria lo que crea, en lo fundamental, es un campo de conflictos, donde lo importante es tanto la relación de antagonismo que se genera como el espacio que se crea en la lucha, ya que ambos hacen que perviva o se

19. Los entornos en los cuales nos relacionamos, constituyen el medio en el cual nos vemos expuestos a las apreciaciones y juicios, a la censura o aprobación, a la opinión o dictamen de nuestros interlocutores. Sin embargo, no debe descuidarse tampoco el carácter dialógico que también atraviesa el "recordar en soledad", en la medida que éste implica el reconocimiento de "la otredad" y la confrontación con otros discursos.

continúen defendiendo determinadas versiones del pasado. Se crean versiones compartidas y, de manera simultánea, se crean también espacios de relación para la construcción de versiones y el desarrollo de acciones sociales.

Este carácter dinámico y conflictivo redunda en las transformaciones de la memoria pero, simultáneamente, cuando se hace memoria, las relaciones se transforman también. Así, la memoria se convierte en productora de significados, que repercuten sobre la manera cómo se interpreta la realidad, cómo se interpretan las relaciones y cómo se configura y se reconfigura el imaginario (Castoriadis, 1975a,b). Dicho de manera sintética, la memoria cambia, a través de las diferentes relaciones que mantiene y, al mismo tiempo, cambia las relaciones (Vázquez, 2001). Es por ello que, hacer memoria y, sobre todo, hacer memoria conjuntamente, es algo más que compartir un patrimonio de experiencias. En nuestras comunicaciones, alteramos el sentido del pasado y creamos condiciones que suscitan referentes para elaboraciones futuras, ya que la memoria se construye en torno a una temporalidad inconclusa, que se va conformando en torno a la acción social.

Referencias bibliográficas

- Bajtín, M. M. (1979). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1998.
- Bartlett, F. (1932). *Recordar. Estudio de psicología experimental y social*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Billig, M.; Condor, S.; Edwards, D.; Gane, M. Middleton, D. y Raddley, A. (1988). *Ideological Dilemmas. A Social Psychology of Everyday Thinking*. Londres: Sage.
- Birulés, F. (1995). *El género de la memoria*. Navarra: Pamiecla.
- Blondel, Ch. (1928). *Introduction à la Psychologie collective*. París: Armand Colin, 1946.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Calvo González, J. (1993). *El discurso de los hechos*. Madrid: Tecnos.
- Castoriadis, C. (1975a). *La institución imaginaria de la sociedad, Vol.1: Marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets, 1983.
- Castoriadis, C. (1975b). *La institución imaginaria de la sociedad, Vol.2: El imaginario social y la institución*. Barcelona: Tusquets, 1989.
- Castoriadis, C. (1986). "Lo imaginario: la creación en el dominio histórico social", en C. Castoriadis: *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa, 1988, pp. 64-77.
- Castoriadis, C. (1999). *Figuras de lo pensable*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Clark, N. K. y Stephenson, G. M. (1995). "Social Remembering: Individual and Collaborative Memory for Social Information". En W. Stroebe y M. Hewstone (eds.), *European Review of Social Psychology*. Vol. 6, Chichester: John Wiley & Sons, pp. 127-160.
- Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Draaisma, D. (1995). *Las metáforas de la memoria. Una historia de la mente*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Edwards, D. (1997). *Discourse and Psychology*. Londres: Sage.
- Edwards, D. Potter, J. y Middleton, D. (1992). "Toward a Discursive Psychology of Remembering". *The Psychologist: Bulletin of the British Psychological Society*, 5, pp. 441-446.
- Fernández Christlieb, P. (1991). "El emplazamiento de la memoria colectiva: Crónica psicossocial". *Revista de Psicología Social*, 6(2), pp.161-177.
- Fernández Christlieb, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos-Collegio de Michoacán.
- Fernández Christlieb, P. (1999). *La afectividad colectiva*. México: Taurus.
- Gergen, K. (1994). *Realidades y relaciones. Aproximaciones al construccionismo social*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Éditions Albin Michel, 1994.
- Halbwachs, M. (1941). *La topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte*. París: PUF, 1971.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. París: PUF, 1968.
- Ibáñez, T. (1989). "La psicología social como dispositivo desconstruccionista", en T. Ibáñez. *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai, pp. 109-133.
- Jedlowski, P. y Rampazi, M. (Comp.) (1991). *Il senso del passato. Per una sociologia della memoria*. Milán: FrancoAngeli.
- Leonini, L. (1991). "Gli oggetti del ricordo, il ricordo degli oggetti", en P. Jedlowski y M. Rampazi (comps.), *Il senso del passato. Per una sociologia della memoria*. Milán: FrancoAngeli, pp. 51-67.
- Lowenthal, D. (1985). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal, 1998.
- Mead, G. H. (1929). "La naturaleza del pasado". *Revista de Occidente*, 100, pp. 51-62.
- Meyerson, I. (1948). *Les fonctions psychologiques et les oeuvres*. París: Albin Michel, 1995.
- Meyerson, I. (1956). "Le temps, la mémoire et l'histoire", en I. Meyerson (1987), *Écrits 1920-1983. Pour une Psychologie historique*. París: PUF, 264-280.
- Meyerson, I. (2000). *Existe-t-il une nature humaine? Psychologie historique, objective, comparative*. París: Institut d'Édition Sanofi-Synthelabo.
- Middleton, D. y Edwards, D. (comps.) (1990). *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós, 1992.

- Nora, P. (dir.) (1984). *Les lieux de la mémoire, I. La République*. París: Gallimard.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos, 1989.
- Potter, J. (1996). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós, 1998.
- Radley, A. (1990). Artefactos, memoria y sentido del pasado, en D. Middleton y D. Edwards (comps.). *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós, 1992, pp. 63-66.
- Ricoeur, P. (1980). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós-ICE/UAB, 1999.
- Ricoeur, P. (1998). "La marque du passé". *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1, pp. 7-31.
- Shotter, J. (1984). *Social Accountability and Selfhood*. Oxford: Blackwell.
- Shotter, J. (1987). "Remembering and Forgetting as Social Institutions". *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 9(1), pp. 11-19.
- Shotter, J. (1990). "La construcción social de recuerdo y del olvido", en D. Middleton y D. Edwards (comps.). *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós, 1992, pp.137-155.
- Shotter, J. (1993a). *Cultural Politics of Everyday Life*. Londres: Open University Press.
- Shotter, J. (1993b). *Conversational Realities*. Londres: Sage.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Wittgenstein, L. (1958). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica, 1988.
- Yates, F. A. (1966). *El arte de la memoria*, Madrid: Taurus, 1974.

